

EL DISCURSO HISTÓRICO

Jorge Lozano

Madrid. Ed. Alianza, 1987.

Es difícil hacer un comentario acerca de un libro como el de Lozano. Lo primero que salta a la vista es la gran variedad y gama de problemas, ideas, métodos y propuestas que se plantean en él. Pero lo central es la consideración del discurso histórico, es decir, considera la historia desde el punto de vista de la teoría discursiva, con un fuerte acento en la pragmática textual.

La importancia de este enfoque y modo de plantear la historia implica un cambio de eje desde el referente hacia el discurso y su tipología como un determinado género discursivo, es decir, el conjunto de normas que hacen inteligible intersubjetivamente un texto histórico como tal. Esto necesariamente involucra un concepto amplio de historia y, además, la capacidad de ver el asunto desde diversas perspectivas. Por eso es necesario atraer los conceptos que se han manejado de la historia desde diferentes momentos del desarrollo de esta disciplina y ver un concepto unitario en el conjunto, que abarca desde los griegos hasta nuestros días. Tarea osada, pues el concepto de historia ha tenido variaciones grandes lo que hace aún más compleja la tarea de enunciar un rasgo distintivo del discurso histórico. Sin embargo Lozano logra avanzar mucho al sintetizar los principales lineamientos de la teoría del discurso histórico moderna, que parecía estar por mucho tiempo dormida.

En la introducción realiza una distinción necesaria entre historia e Historia, distinción que existe en lenguas germánicas como alemán e inglés, pero no en español. Esta unión involucra la aparición simultánea del hecho con la narración. Su objeto es el discurso histórico, es decir la historia. Sin embargo no se trata de un solo discurso histórico en todos los tiempos. Por esto se hace necesario un análisis desde la historiografía jónica hasta nuestros días, para establecer el discurso histórico dentro de una tipología que establezca su singularidad como tipo discursivo.

Es en esta medida que será necesario identificar los rasgos paradigmáticos que caracterizan al discurso histórico en las diferentes épocas, de modo de poder captar su singularidad en cada período, sin perder de vista la totalidad. Así en el primer capítulo la aborda en torno a dos momentos esenciales que responden a la oposición conocimiento inmediato vs mediato. A la luz de esta oposición es posible caracterizar las diferentes orientaciones desde el punto de vista de sus presupuestos epistemológicos. Ver vs oír, historia vs mito, historia contemporánea vs pasada, fe vs conocimiento, proximidad vs distancia, sincronía vs diacronía serán algunos de los puntos que gravitan en torno a la oposición fundamental. El conocimiento inmediato implica un privilegio de la vista y la experiencia, e implica hacer historia contemporánea como testigo presencial de los hechos, esta es en propiedad la historia greco-romana y posteriormente la historiografía medieval, para finalizar con la historiografía indiana al tiempo que se comienza a configurar el renacer de la historia mediata, antes marginal, en Italia. El conocimiento mediato requiere una actitud crítica que lleva a la semiología y la hermenéutica. Hay una evolución que va del mito a lo visto (de lo pasado a lo contemporáneo) —la historia basada en fuentes mediatas es más bien marginal—, de lo visto a la documentación crítica (de lo contemporáneo a lo pasado) y junto a esto de la sincronía a la diacronía (historia narrativizada, causal, inferencial y científica). A partir de los siglos XVI y XVII se

comienza a concebir este tipo de conocimiento pasado que produce un discurso justificado en la validez de técnicas y métodos aplicados a monumentos y documentos, fuente de información del pasado.

En este capítulo interesa tratar más en detalle algunos conceptos. La vinculación de *istoria* con la raíz indoeuropea **wid, *weid* es significativa, pues marca la primera orientación de la historiografía, que duró hasta la historiografía indiana. *Isto* significa tanto que sepa, como que vea; *istor* es el testigo presencial. En la oposición visto y oído están las polaridades en torno a las cuales se irá desarrollando el discurso de la historia hasta las primeras manifestaciones de la "historia científica". Heródoto, Tucídides y en general la historiografía antigua participan principalmente de un discurso histórico que se funda en la *autopsia* (*opsis*, vista) a lo que se agrega la distinción entre *saphes skopein* (ver claro) y *saphôs heurein* (encontrar claramente) que caracterizan el conocimiento histórico como claro y distinto. Pero también se da otro tipo, que es más bien secundario y tratado con recelo, bajo el concepto de *akoe* (oír). Había también indagación del pasado que se basaba en índices (*semeion, tekmerion*).

Luego en la Edad Media el conocimiento del pasado será materia de fe, sólo era posible el conocimiento humano de lo presente, aquí es relevante la mención a San Agustín, para quien sólo era posible conocer lo presente, pues lo pasado es irrecuperable y pertenece al ámbito de la fe.

En la historiografía indiana considera tres grupos, según la información es directa, directa-inmediata, indirecta-mediata. En este discurso es relevante la dimensión del relato testimonial basado en lo visto y vivido por el historiador, sin embargo se comienza a delinear otro tipo historiográfico que ya había tenido su lugar dentro de la historiografía greco-romana. Hay un cambio de objeto en la historia: se buscan las fuentes que permiten reconstituir el pasado.

En cuanto a la historia mediata, ésta debe necesariamente derivar en historia crítica. Esto lleva al problema de la diferenciación entre historia y crónica: Hayden White, Danto y Ricoeur proveerán los modelos fundamentales. Al parecer aquí las diferencias fundamentales se dan claramente en el orden discursivo, como por ejemplo en la frase narrativa de Danto, que es una frase sólo posible para la historia y no para un cronista. La estructura de frase narrativa (descripción posible de un acontecimiento en función de acontecimientos posteriores, desconocidos por los agentes, pero no por el historiador) permite cambiar la descripción de los acontecimientos en función de lo que sabemos de los acontecimientos ulteriores. Sin embargo, esto no quiere decir que no existan casos híbridos, que son abundantes en la historiografía indiana. Para Hayden White un punto importante es el grado de presencia del narrador: el relato histórico permite diferenciar el punto de vista del autor del de el narrador, por otra parte en la historia hay motivos inaugurales, de transición y terminales, pero las crónicas trazan acontecimientos que sólo ocupan un lugar en la serie y no tienen significado como elementos del relato.

Finalmente el problema es historia presente vs pasada, privilegiándose esta última y recurriendo a Droysen en la búsqueda de la especificidad de la historia como conocimiento.

En el segundo capítulo se concentra en la historia mediata que se basa en el análisis de documentos. Es importante la fijación del documento como objeto de estudio desde la teoría de la información (esto es como fuente de información, e información como la medida de reducción de la incertidumbre en un sistema organizado gobernado por leyes de probabilidad), pero por desgracia lo desarrolla

demasiado poco y en forma algo vaga. Hay tres aspectos importantes del documento que rescatar: la fuentes son la representación o el recuerdo fijados por escrito; los restos son las cosas que se conservan desde el pasado de modo informe o como ruinas, testigos de ese pasado; y monumentos son restos fijados en el pasado *para* testimonio a generaciones venideras.

Pasa a hacer una breve revisión de la historia del análisis de documentos. Esto lleva al humanismo, donde nace la anticuaria que posteriormente dará origen a la filología; importaba entonces coleccionar los restos del pasado, sin importar si éstos tenían alguna utilidad en la reconstrucción de ese pasado o no. Surgirá en el siglo xvii la *Re Diplomática*, encargada de verificar la autenticidad de los documentos del pasado. Con la revolución documentaria del siglo xix Ranke se constituye como el maestro del método crítico filológico, se intentaba hacer la historia más objetiva, y para esto se buscaba la verdad en la autenticidad documental. Sin embargo esta perspectiva perdió vigor a medida que se comenzó a cuestionar la posibilidad de objetividad y el papel del documento histórico.

Para la configuración del estado de estas cuestiones se puede partir de Foucault y su crítica ideológica, que atrae una ampliación del concepto de documento y lo concibe como producto social que ha sido fabricado de acuerdo a relaciones de fuerza que en la sociedad ostentan el poder. También cambia el concepto de archivo, que pasa de ser el sistema general de la formación y transformación de los enunciados. Más que el discurso el objeto pasan a ser las condiciones de posibilidad de ese discurso y las prácticas discursivas. Después resulta interesante el concepto de microhistoria y el trabajo con indicios, y su fundamentación teórica en la abducción.

El trabajo a través de indicios adquiere relieve en la semiótica y microhistoria. En el caso de la semiótica, nos interesan las concepciones de Lotman sobre el rol central del lenguaje en la cultura, ya que es éste quien le confiere estructuralidad a los subsistemas de ella, esto posibilita clasificar en diferentes tipologías a las culturas a base de hechos lingüísticos (un discurso determinado) y categorizarla de acuerdo a modelos lingüísticos (por ej., sintagmáticas y paradigmáticas, etc.).

En cuanto a la microhistoria, a pesar de las múltiples formas de concebirla, a lo que se apunta preferentemente es a la indagación a través de indicios al modo de la semiótica médica. Para Peirce hay tres formas de inferencia: deducción, inducción y abducción, esta última prueba que algo es presumiblemente de un modo y la secuencia es regla-resultado-caso (En el ejemplo de Peirce: "Todas las judías de este saco son blancas", "Estas judías son blancas" → "Estas judías son de este saco"). Esto involucra un desplazamiento en el campo de pertinencia de la historia, ahora "los casos marginales ponen en causa el antiguo paradigma". Incluso —no podía faltar— Freud sale al tapete: "Freud propuso un método basado sobre los descartes, sobre datos marginales considerados como reveladores". En fin las asociaciones podrían ser interminables: médicos, detectives, cazadores, etc. Hay que notar lo innovador que hay en este desplazamiento del eje de pertinencia del discurso histórico, en la sistematización de dimensiones antes no acogidas, la desmitificación del método de la ciencia, lo que se hace evidente en la traída a otro terreno en cuanto a objetos de estudio y métodos que se emplean para acceder a ellos. Lo importante es que se abren posibilidades de conocimiento y modos diferentes de enfrentar los objetos de estudio de acuerdo a categorías que antes se excluían de su tratamiento científico.

En el tercer capítulo comienza a acercarse al momento que a mi juicio es el de mayor interés de todo su trabajo, esto es, el de la relación entre historia y ficción. Hay comentarios bastante claros en torno a la relación entre historia y poética a partir de postulados aristotélicos, operando relaciones como lo real vs lo posible, la verdad vs verosimilitud que funcionan como oposiciones que permiten diferenciar ambos tipos discursivos.

Luego se ocupará del mito en relación a la historia, problema relativo a la historia, problema relativo a la verdad en el mito y la historicidad que es posible hallar en estos relatos. Aquí hay algo que acotar brevemente en cuanto al mito como *tertium quid* ni verdadero ni falso: no es del todo consecuente con el mito relativizar tanto su status epistemológico, más aún pensando en las consideraciones finales sobre lógica modal, el mito poseía sus propios modos de representación, que eran, precisamente, míticos. Plantea que “en este período no se puede oponer lo falso a verdadero de modo drástico ni podemos entender la historia en la antigüedad como hoy la entendemos”. El problema parece ser la compenetración entre mito e historia. Un problema apasionante, digno de ser planteado para el imaginario: un discurso con sus propias reglas de representación y referencialidad particular. Esto lleva a plantear la posibilidad de lectura del mito desde otra perspectiva que considere las reglas de decodificación propias del discurso mítico y que considere su relación con nuestro modo de entender la significación y lo real. Para acercarse a este tipo de problemas toma en consideración la propuesta de Barthes en “El Discurso de la Historia” (1967), valorando su aporte, que considera un hito en el análisis y estudios del discurso. A partir de Barthes tiene motivo para profundizar —con éxito, me parece— en el problema de la historia *no-événementielle* en relación al paso de la historia relato a la historia problema (paso del acontecimiento a la estructura).

Introduce la consideración de la historia problema con Hempel y Wright como un momento de transición entre ambos modos de la historia. La historia problema tiene su concreción fundamentalmente en la historia estructural practicada por la escuela de los anales. Se abandona el relato de los acontecimientos históricos por la comprensión e interpretación, y la explicación (distinción introducida por Wright). Se trata de abandonar los acontecimientos únicos que, por su carácter particular, no pueden ser objeto de la ciencia.

Finalmente comenta un artículo de Stone. Aquí quedan planteados tres modos básicos de la historia problema: el modelo económico marxista, el ecológico demográfico francés y la cliométrica americana. Stone ve un paulatino retorno a la historia narrada. Señalando algunas reacciones como la de Finley, que lo rechaza de plano. La solución a este problema la consigue plantear desde el punto de vista de Hayden White. White en su propuesta tiene el mérito de dar el debido relieve tanto al análisis, como a la narratividad, ésta recupera el importante lugar del que había sido desplazada: la narración histórica y el análisis histórico se requieren mutuamente.

Me permito aquí un excursus para plantear con cierto detalle una posibilidad que Lozano no considera. Alrededor de este problema es interesante notar algunas ideas de Cicerón al respecto. Para Cicerón los poetas hablan una “otra lengua”, por lo que quedan excluidos de toda cuestión. El punto es que Cicerón considera Historia e historia sin distinción y la escritura de ella está encomendada al orador,

único capaz de hacerlo. Pero las consideraciones sobrepasan por mucho el nivel del discurso y su enunciante al situar la escritura de la historia bajo tres leyes (no decir lo falso, decir toda la verdad y evitar toda suposición de odio o favor). También ve los aspectos que debe considerar el historiador en la "edificación" de la historia. Finalmente un aspecto muy importante son las consideraciones de función pragmática del discurso y su relieve en el enfrentamiento con el receptor y los procedimientos que el historiador debe utilizar para ganarse su favor. En resumen, Cicerón considera la historia en su situación comunicativa dándole una gran importancia a la dimensión pragmática del discurso histórico, no sólo de la perspectiva de lo que se espera conseguir en el receptor, sino también tomando en cuenta al historiador (la disciplina de la que deben proceder, sus valores éticos). Creo que es posible encontrar rasgos bastante próximos en algunos planteamientos de Lozano, sobre todo cuando posteriormente se refiere a la veridicción. El sentido de recuperar esta posición radica en lo adecuado que resulta dentro del marco de las proposiciones y problemas con los que Lozano se enfrenta, proveyendo una solución comprensiva de todos los aspectos que son parte del fenómeno de la historia considerada en su situación.

Retoma en el capítulo cuarto el problema de confrontar el discurso histórico con el discurso ficticio. Importa en este lugar el problema del paso de la cultura oral a la escrita y la oposición mentalidad mítica vs mentalidad lógica:

"Se trata, dicen (Gentili y Cerri), de una tecnología de escritura que, bajo el perfil psicológico, trata de predisponer, con claridad y concreción de lenguaje, y por figuraciones paratácticas y no hipotácticas, actitudes de pensamiento que sean inmediatamente percibibles por el auditorio y lo encanten en la escucha. Una estructura de dictado que se encuentra en los fragmentos de Hecateo y en las Historias de Heródoto, que estaban compuestas para audiciones públicas.

Tucídides, en cambio, ya lo hemos dicho, hizo uso de la escritura, no compuesta para una declamación pública ante un auditorio momentáneo, sino para una lectura mediata, confiada a una perenne adquisición intelectual... El escribir para siempre (Tucídides) o el escribir para ser declamado ante un público inmediato (Heródoto) requiere recursos diferentes... la conformidad con los hechos, acribia, excluye (decire) no comprobados... contar lo que se dice permite conseguir la atención del destinatario del discurso, que, a través de la mimesis... encontrará placer".

El problema del discurso ficticio vs histórico se mantiene, aunque es reveladora la confrontación entre estos dos modos de escribir la historia. Determinantes son los receptores. Heródoto escribía para un público menos exigente que Tucídides: sus necesidades son diferentes si se trata de otros-historiadores o de otros-no-historiadores.

El punto de vista extra-discursivo me parece el más acertado para establecer la diferencia entre discurso ficticio y discurso histórico. Esto tiene que ver con la conformación de las diferentes disciplinas y cómo éstas regulan la producción textual y a quiénes corresponde ser sujetos de esta producción. Creo que éste es el camino principal por el que establecer la diferenciación, hay que atraer también una perspectiva histórica. En este sentido lo primero que hay que preguntarse es por el

momento histórico en que surge el discurso imaginario, me parece que hay en ello mucho de la alfabetización y el cambio de perspectivas que adopta la cultura como consecuencia de ello, así el mito se convertirá en imaginario y los poetas se convertirán en mentirosos o, en otras palabras, escritores de mitos.

Volviendo a Lozano, intenta encontrar esta diferencia de los discursos en la enunciación, no sólo en la intencionalidad de ésta que también en algún lugar menciona, sino en la oposición entre narración y comentario, mundo comentado y mundo narrado, basándose para esto en los trabajos de Weinrich. El comentario es lo distintivo de la narración historiográfica, éste funciona principalmente a base de localizaciones, citas, modalizaciones, etc. Adquiere relevancia el discurso deliberativo y la modalización tiene un lugar importante en él.

Veridicción y credibilidad pasan a ser rasgos importantes dentro del discurso y fundamento epistemológico. Son las estrategias de veridicción un punto fundamental en esto, son estrategias que guardan relación con el *vere dicere*, es decir se privilegia la dimensión sintagmática: importa la interacción con los demás a través del discurso. Considera tres tipos de modalidades: 1) Aléthicas, “que desarrollan la categoría de lo / necesario /, de lo / posible /, de lo / imposible / y lo / contingente /...”, éstas “definen el estatuto óntico del objeto en tanto que es objeto de conocimiento” y conciernen al deber ser del objeto: 2) Epistémicas: “/ cierto /, / improbable /, / probable /, / incierto /...”, éstas “tomarán en consideración la relación cognitiva que mantiene el sujeto con el objeto...”, se trata de una dimensión subjetiva; 3) Veridicción: pone en juego “las categorías de / ser / y / parecer / entendidas no como categorías ontológicas, sino como predicados mínimos, que relacionados con sus negaciones engendran los términos modales de la *verdad* entendida como la conjunción del / ser / y del / parecer /; de la *mentira*: conjunción del / parecer / y del / no ser /; de la *falsedad*: conjunción del / no ser / y del / no-parecer /, y del *secreto*: conjunción del / no-parecer / y del / ser /...”, éstas “están centradas sobre la interacción cognitiva de los sujetos en relación a un mismo objeto... lo polémico se encuentra en el centro de su problemática”.

La lógica modal —al menos como lo plantea Lozano— podría ser un nuevo paradigma científico, y parece que ya lo es. Tal vez la estocada final al positivismo y un cambio axial en el pensamiento humano, en relación también con un nuevo concepto y modo de enfrentar la ciencia. Esto es introducirse en la dimensión de los infinitos textos de que está hecho nuestro conocimiento y en gran medida, la propia realidad.

Cristián Roa

Universidad de Chile